

EL CONDOR CIEGO.

A Angel Zárraga.

Oh, pobre ave cautiva! tú ya no con los ojos
retarás al Sol nunca. No más los dardos rojos
que el Sol sobre tu cresta quebraba tenazmente,
serán desprecio tuyo. No más la brava frente
has de volver al cielo, como un orgullo alado.
¡Ya todo acabó, todo se fué, todo ha pasado!

Desdobla lentamente tus inútiles alas:
pero antes ¡ay! pasea tus ojos por las salas
del azul, como, en una trágica despedida,
el hombre que recuerda su juventud ya ida.
Y luego, aguarda. ¿Acaso tiembles con el instinto
de una sospecha? ¿Acaso te da miedo el recinto
de férrea jaula? ¿Temes las osadías sumas
de sacrílegas manos que recorten tus plumas?
En tu cerebro informe, no concibes ideas
humanas...

¡Oh ignorante piedad: benditas seas! ..

Aguarda, aguarda, pobre cóndor.

¿No ves el fuego
en que barras punzantes se enrojecen? Pues luego
el montañés, salvaje más que tú, con los rojos
hierros, gozosamente, calcinará tus ojos

Y ha de soltarte libre por los espacios.

Bate
tus ya fúnebres alas, cual corazón que late

desesperado; tiende tu señorial cabeza,
 como el instinto eterno de la inmortal belleza,
 hacia la misma altura, que, aunque invisible, sientes
 dentro de tí, á manera que artistas y videntes
 se dan cuenta del rumbo del porvenir.....; y sube,
 más allá del picacho, más allá de la nube.

Sube, sube... ¿No encuentras el Sol? Todo es obscuro
 ante tí como es ante las almas el futuro ..
 Sube, sube..... ¿Hasta dónde te persigue la sombra?
 ¿Dónde acaba la noche? Pero dí: ¿qué te asombra,
 si es igual á tu vuelo nuestra humana osadía,
 que va en busca de todo sin llegar todavía

¡Y, al fin, caes! Comprendes que estás ciego. Comprendes
 que es inútil la audacia de ese vuelo que emprendes;
 te detienes un punto; y, al fin, caes sin vida:
 caes cómo cayese la esperanza perdida.

Te agrandas como un griego símbolo, de repente,
 que desdobla en las nubes el ímpetu de un salto;
 y es así cómo caes, imperativamente,
 con las alas tendidas y la cabeza en alto...

A una dama española.

Vestida de negro os miro
 llenar de gracia discreta,
 al lado del Rey Poeta,
 las fiestas del Buen Retiro.
 Ya abanicáis un suspiro,
 ya esgrimís una mirada:
 y así de negro tocada
 lucís la pálida frente,
 como una luna creciente
 en una noche enlutada.

Reís del bufón, señora,
 que á vuestros pies se fatiga,
 de Olivares que os intriga
 y del Rey que os enamora.
 ¿Vuestra carcajada llora?
 Tal vez; pero entre esas gentes,
 vuestros labios sonrientes
 se abren con alegre afán:
 ¿de qué corona serán
 las perlas de vuestros dientes?

Un golpe sobre el atril;
 rompe la orquesta al instante.
 Tiembla el violín sollozante
 y retumba el tamboril.

Vuestra risa de marfil
parece que entra en la pauta;
y fíngese, allá, en la cauta
fronda de opaca ilusión,
la rítmica confusión
de la paloma y la flauta.

Coh voluptuoso frú-frú
danzan, en lírica rueda,
entre pájaros de seda,
mariposas de tisú.
Gallarda como un bambú,
tejiendo bailes se os ve;
y ensayáis sacando el pie.
al són de la blanda nota,
ya inflexiones de gaviota,
ya actitudes de minué.

De pronto, un paje. Hacia vos
extiende un cerrado pliego.
Con una mirada, luego,
le decís al paje adiós.
El Rey, que ha llegado en pos,
pediros razón intenta;
y sobre el pliego, que ostenta
una albura inmaculada,
hay una oblea encarnada
como lágrima sangrienta.

Las cejas el Rey enarca,
como exigiendo merced.
—¿El pliego?—Tomad: leed—
—¡De Calderón de la Barca!—
Pálido asombro se marca
en la frente de los dos.....
Es en verso. Invoca á Dios;
y jura que os quiere bien,
pero que, harto del desdén,
va á tonsurarse por vos.

El Rey, con altiyo porte,
el pliego rasga en pedazos;
y vos caéis en los brazos
de las damas de la Corte.
¡Feliz pecho el que soporte
cabeza tan seductora...
Bella aparecéis señora,
pero como nunca bella:
tal se desmaya una estrella
sobre un girón de la aurora.

Como espuma de oleaje,
vuestro rostro de blancura
resalta entre la negrura
de vuestro enlutado traje.
Vuestra sonrisa es celaje
que hace un último derroche;
y así, éxanime, entre el broche
de vuestro obscuro vestido,
sois un lucero dormido
en el fondo de una noche...

Jorge Xavier de la Guerra

CIUDAD FUNDADA.

SANTA FE DE BOGOTÁ.

Al Dr. D. Eduardo Posada.

I

Bajo un enorme casco de rutilante acero,
allá, en la cumbre, súbito, apareció un guerrero
sobre un corcel nervioso.....

Jiménez de Quesada
persignó los abismos con la cruz de su espada;
y convirtió los ojos, desde la brava altura,
hacia el lejano río, que, entre una selva oscura,
se retorció abajo, con el zig-zag de un gesto,
como una larga víbora entre un florido cesto.....

Por ese río, á modo de procesión flotante,
trajo él su fiera tropa, desde la mar distante.
Y selvas desgrefiadas, y trágicos esteros,
y ciénagas falaces, cruzaron los viajeros.

¡Oh Capitán! Los bosques orlaban vuestra frente; ¡
las ciénagas lamían los pies humildemente;
y los esteros, mudos de asombro, al contemplaros,
se abrían á manera de grandes ojos claros.....

El Magdalena hacía sus eses como un boa,
doblándose piadoso bajo la audaz canoa;
y el Capitán, gozando de tanta maravilla

que un cuerno de abundancia vació sobre la orilla,
no se curaba nunca ni del caimán membrudo,
ni de la araña infame, ni del mordaz zancudo.
Y, en tanto, en las montañas, que parecían muertas,
jaguar adolorido lanzaba sus alertas;
y una culebra, á veces, al fondo del bosque,
silbaba como silba la flecha de un salvaje.....

Tal fué. Pero la gente, ganosa de la altura,
ve al fin, bajo los Andes, tenderse una llanura
rica de pasto y llena de floreciente abono,
como un tapiz tendido bajo los pies de un trono.
Y al ver que, en ella, un río sereno se destaca,
meciéndose á manera de voluptuosa hamaca,
el husmeador caballo del Capitán remueve
sus largas crines, tiembla con el temblor más leve;
y arroja al aire un fresco relincho de ventura,
que suena por encima de toda la llanura

II

Hecha con un solo árbol, más tarde, una piragua,
trazó por un instante su rúbrica en el agua,
del Magdalena á lo ancho: por la contraria riba,
tropel de ondas sonantes llegaba desde arriba.
Y la canoa aquella que desprendió Quesada,
fué á detenerse ante otro guerrero, cuya espada
reverberó Ostentaba traje de fina tela,
sombbrero rico en plumas y botas de áurea espuela.

Tal Belalcazar. Viene con su arrogante tropa,
como un desfile asiático envuelto en fausta ropa,
desde el Imperio mismo del Sol, donde Pizarro
fundió en oro macizo las ruedas de su carro.

El sometió á sus plantas todo el reino de Quito;
y, ensanchando la curva de su anhelo infinito,
se lanzó en viaje luego sobre Cundinamarca:
¡y no exploró más tierras la paloma del Arca!

El conquistó á los Pastos tenaces y aguerridos.
En Popayán rompieron los broncos estampidos

de sus arcabuzazos en un pregón de gloria.
Vió los campos de Cali. Se perpetuó en la Historia
con Timaná fundada sobre ínclito cimiento;
que una ciudad es siempre mejor que un mohumeto

Y, al fin, llegó hasta el punto donde le halló la tropa
de Quesada. El brindóles con corazón y copa,
uno y otra de oro; y hablóles del imperio
de Atahualpa, poblado de atractivo misterio,
de la de Rumihahui reverberante espada
y de una tierra nunca por la ambición soñada.....

Y deslumbró los ojos de los Conquistadores
con cántaros de arcilla que simulaban flores,
vajilla regia, mantos de abrigadora lana,
joyas de ricas piedras, trajes de pompa indiana:
clavó contra una lona de su tienda una cufia
de plata; y se hizo alfombra con pieles de vicufia.

.....Uniéronse ya entonces uno y otro guerrero;
y de sus dos espadas brotó una cruz de acero.
Las tropas de uno y otro se hicieron un conjunto,
cual lo hacen los dos ríos en ese mismo punto.
En ese punto, el Cauca se junta al otro río
como un dolor sombrío á otro dolor sombrío;
y fingen ambos luego, por entre las malezas,
una serpiente sola, pero con dos cabezas

III

“Gran noticia he tenido: llega gente española
por los llanos. Se acerca.”

De la montaña sola
tal escribe un mensaje capitán desterrado,
con achiote silvestre sobre piel de venado.

¡Era el otro! Faltaba; pero al fin ya venía.....

El Tudesco asomóse por la selva bravía,
cual si fuese un dios rubio de los bosques paganos;
y entreabriendo las hojas con sus trémulas manos,
sacó á luz sus cabellos fulgurantes y rojos
y el albor de su frente y el añil de sus ojos.

Detrás dél los soldados le formaban tropeles,
envolviendo sus carnes en selváticas pieles,
cadavéricos, tristes, silenciosos, sombríos,
trasijados por hambres y esquilados por fríos.

¿Desde dónde llegaban? Fredemán era enfermo
de la fiebre del siglo. Ni en el llano más yermo,
ni en la sierra con nieves, ni en el río sin vado,
sintió nunca en el alma despertarse un cuidado.

Y él seguía y seguía y seguía adelante,
quebrantando las zarzas con su pie de gigante,
entreabriendo las olas con su olímpico brazo
y rompiendo las nieves con la fé de un hachazo.

El pasó por en medio de las tribus salvajes,
cual Moisés por en medio de los bravos oleajes;
y vió á muchos corceles y vió á muchos soldaos
por larguísimas flechas contra el suelo clavados.
Una vez vió que un tigre saltó sobre el sendero,
estranguló un caballo, despedazó un guerrero;
y huyó por las sabanas, entre la yerba sola,
mostrando únicamente la punta de la cola.
Y otra vez vió la muerte de un boa atragantado,
que, después de lograrse devorar un venado,
retenía en la boca la brutal cornamenta,
cual si el símbolo fuese del que todo lo intenta.

IV

Cesó el éxodo.

Entonces decidieron la vida
reposar juntamente, sobre aquella tendida,
verde y fresca llanura. Y, en un día de gloria,
la ciudad fué fundada por los tres. Tal la Historia.

Uno le puso el casco de la sabiduría;
otro la envolvió en sedas de gracia y gallardía;
y el otro, al són alegre de músicas guerreras,
tendióle ante las plantas las pieles de sus fieras.

Ciudad que hace tres siglos que triunfa de la muerte,
tiene las tres virtudes: es sabia, bella y fuerte.

Parece que una estrella preside tal ventura;
y así es cómo, á lo lejos, confunden su figura,
de las historias viejas en los confines vagos,
los Tres Conquistadores con los Tres Reyes Magos.

EL ALA DEL ÑANDU.

El ñandú en las pampas huye perseguido
por el fiero gaucho; y, en carrera loca,
corre presuroso, corre, corre, corre,
tanto que parece que ni el suelo toca.

Mide la llanura con sus bruscos saltos.....
Nadie lo protege, nadie lo socorre;
pero, al acicate de su propio miedo,
que le da más fuerzas, corre, corre, corre.....

Lo persigue el gaucho sobre el ágil potro:
se oye el galopante casco que retumba,
el fragor de estribos, el runrún de espuelas
y el zigzag de un lazo que en el aire zumba.

Y cuando ese lazo gira y se desdobra,
el ñandú, al sentirlo, cree, en su torpeza,
que está libre sólo con abrir un ala
y esconder debajo luego la cabeza.

¡Y es porque presiente que más tarde esa ala
se abrirá en las manos de una dama hermosa,
que también, á veces, cubrirá con ella
la coquetería de su faz de rosa!

EN LA ARMERIA REAL.

A Salvador Rueda

¡Epopéya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!
Hoy las huecas armaduras, en que un día
los heroicos corazones palpitaban,
son apenas un tumulto de recuerdos
que se yerguen silenciosos á manera de fantasmas

¡Epopéya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!

Estos son los mismos bronzes
que rompieron, con los timbres de su fama,
la sordera de los siglos
y evocaron las proezas resonantes de la Iliada.
Aquí están las armaduras
de la buena madre España:
aquí están los entusiasmos vigilantes,
aquí están las pensativas esperanzas,
aquí están las vanidades insepultas,
aquí están las ambiciones perpetuadas,
cual si fuera el espetáculo elocuente y fragoroso
de un ejército en batalla,
que de pronto se quedase para siempre suspendido,
á manera del retrato más hermoso de la raza

¡Epopéya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!

Armaduras de engranados varillajes
que repliegan y despliegan sus escamas,

como un juego combinado de abanicos entreabiertos
 ó de naipes que cartean y desdoblan sus barajas;
 cascacos finos en que flotan los penachos,
 que en las Indias, en carreras por los bosques y las pampas,
 parecían, sacudiéndose en el aire,
 las espumas encrespadas
 con que corre por los cauces retorcidos
 el tumulto pedregoso de las aguas;
 grandes oes de rodelas,
 que son ojos sin pupilas ó son bocas asombradas,
 cuyos platos que parecen catalépticas tortugas,
 esperando están al héroe que golpee sobre el bronce con el
 pomo de su espada;

y banderas ¡oh banderas!
 las que en Flandes y en Italia,
 y al través de los dos mares y al través de los dos Mundos,
 conocieron los rugidos de las olas y montañas,
 duermen quietas hace siglos,
 duermen tristes, duermen lánguidas,
 ya extendidas en los muros,
 cual si fuesen mariposas enclavadas,
 ya suspensas y exprimidas en arrugas ondulantes,
 cual si fuesen viejas águilas,
 que, posándose en la nieve de las cumbres,
 replegasen para siempre los cansados abanicos de sus alas...

Esa antigua y noble hoja,
 ésa que hace cuatro siglos que descansa,
 ésa tuvo contraídos en su firme enpuñadura
 cinco dedos sarmentosos en las épicas vendimias de la casta.
 Esa otra que parece
 la sonrisa de una irónica amenaza,
 esa estuvo tinta en sangre cincuenta años
 y hoy apenas en sus rojas pesadillas se aletarga.
 ¡Oh temblores misteriosos
 los que tienen las espadas!
 Hay alguna—la del cuarto Rey Felipe,
 la del siglo de las letras y las armas,—
 toda ella, toda ella, desde el puño hasta la punta,
 temblorosa y estriada,

cual si acaso le corriera por la hoja
 el estrépito medroso de una trémula batalla.....
 Por en medio del tumulto
 de esos largos dedos fríos que parece que señalan,
 firme, seca,
 limpia, casta,
 hay la hoja
 de una espada:
 ¡es la espada de Pizarro,
 cuya cruz es el más digno juramento de la raza!
 Esa espada supo un día,
 cuando el grupo desconfiado vacilaba,
 estampar en las arenas con su punta
 la elocuencia decisiva de una raya,
 Y el gran héroe señalando,
 con la misma punta aquella, lejanías ignoradas,
 dijo así, lleno de gloria:—¡Que me siga quién me siga!—
 Solo trece le siguieron y pasaron esa línea consagrada.
 ¡Oh Pizarro! Gran Pizarro:
 resucita; que haces falta.
 En la arena movediza de los siglos,
 grabar debes otra línea con la punta de tu espada;
 porque entonces, para siempre,
 no trece hombres, trece pueblos pasarían esa raya.....

Estas son las armaduras
 en que el Padre Sol de América encendía llamaradas.
 En los trópicos, el rayo,
 que cercena las caobas y deslumbra las montañas,
 deteníase de pronto
 en el copo de un penacho ó en el ceño de una espada...
 Pavonados los aceros
 de rodelas y corazas,
 los verdores de esas selvas, los azules de esos ríos
 y los múltiples colores de esos cielos, reflejaban...
 El resuello de los bosques
 y el suspiro de las pampas
 sacudían las banderas,
 que á manera de anchos bucles se envolvían y ondulaban...
 Entre el trote de los ágiles corceles,
 que en arneses luminosos escondían sus audacias,

se sentían en la tierra, tierra virgen pero madre,
 bajo el casco los rumores de la yerba que brotaba...
 Como un día, en el misterio
 del cenáculo apostólico, la flama
 repartida sobre todas las cabezas,
 la Natura, madre fuerte, madre virgen, madre santa,
 repartía mariposas
 que en los cascos se paraban
 y aves nuevas que venían revolando por los aires
 y rompían sus canciones en la punta de las lanzas...

¡Epopéya de la muerte!
 ¡Cementerio de las armas!
 Hoy las huecas armaduras, en que un día
 los heroicos corazones palpitaban,
 son apenas un tumulto de recuerdos
 que se yerguen silenciosos á manera de fantasmas...
 ¡Epopéya de la muerte!
 ¡Cementerio de las armas!

Sensación de calor.

A Enrique Gómez Carrillo.

Entre nubes de polvo, mi caballo corría
 y corría sudando, por la cuesta bravía
 que en los flancos de un monte serpenteaba.
 Ni un ave
 vi pasar por encima de silencio tan grave.
 ¡Oh, qué paz! Ni una hoja se movió en la arboleda.
Un caballo corriendo y una gran polvareda....

Bajo el Sol de verano, la altivez de mi frente
 coronóse de gotas de sudor; el ambiente
 era un soplo de rabia; y en la tierra, á lo lejos,
 se veían temblores de vidriosos reflejos.
 ¡Oh, qué sed! El caballo sacudía sus crines
 como hilos de perlas y ensayaba clarines
 con ligeros relinchos de enfrenada protesta.....

..... Y la sed era larga; y era larga la cuesta.....
 De repente, ví un rancho.

Y una charca delante,
 en su estuche de musgo, parecía un diamante.
 Y salté; y el caballo quedó libre de peso,
 y se fué sobre el agua. Y á la par que, en su exceso,
 enturbiaba las linfas con un hálito de horno,
 las domésticas aves chapoteaban en torno.....
 Penetré. La criolla de purísima raza,

que sentía en sus venas la pasión de una hornaza,
sonrióme del fondo de su rancho.

—¿No tienes
agua?—dije.

(Un martillo me rompía las sienes....)

Y ella, muda y tranquila, me escanció en una copa
agua fresca. ¡Oh, frescura! Desceñíme la ropa;
y así libre y alegre, fuí bebiéndome todo
aquel líquido puro, como bebe un beodo;
y escuché, en mis delicias, el fresquísimo eco
de una lluvia que cae sobre un campo reseco.....

Miré luego los ojos de la impávida hembra.
En sus ojos había la intención de una siembra:
parecían carbones de pasión encendidos,
que estuviesen mirando madrigueras ó nidos.

La criolla, en el fondo de ese ambiente tan denso,
se movía mareada, como envuelta en incienso;
en mi pecho hubo espasmos más que nunca sentidos,
en mis nervios temblores y en mi mente zumbidos
Y, sin que una palabra profanase el reposo,
fué acercándose ella cual la Amada al Esposo,
con un modo tan suave, con un paso tan lento,
cual si fuese un perfume que flotase en el viento....

Sed de amor. La criolla, que sintió en su regazo
ese Sol y esos montes, al salir de mi abrazo,
sintió luego en sus carnes la frescura serena
de una copa de agua que hasta el borde se llena....

Pensativa, solemne, sin decir ni una sola,
ni una sola palabra, se escapó de la ola
de mi fiebre; y, entonces, á mis ojos más bella,
otra vez, hacia el fondo, fué alejándose ella,
con un modo tan suave, con un paso tan lento,
cual si fuese un perfume que flotase en el viento

La tristeza del Inca.

Este era un Inca triste de soñadora frente,
ojos siempre dormidos y sonrisa de hiel,
que recorrió su imperio buscando inútilmente
á una doncella hermosa y enamorada dél.

Por distraer sus penas, el Inca dió en guerrero:
puso á su tropa en marcha y el broquel requirió;
fué dejando despojos sobre cada sendero;
y las nieves más altas con su sangre manchó.

Tal sus flechas cruzaron invioladas regiones,
en que apenas los ríos se atrevían á entrar;
y tal fué derramando sus heroicas legiones
de la selva á los Andes, de los Andes al mar.

Fué gastando las flechas que tenía en su aljaba,
una vez y otra y otra, de región en región;
porque cuando salía victorioso lograba
levantar la cabeza, pero no el corazón.

Y cansado de sólo levantar la cabeza,
celebró bailes magnos y banquetes sin fin;
pero no logró nada disipar su tristeza:
ni la sangre del choque, ni el licor del festín.

Nadie entraba en el fondo de su espíritu oculto,
ni las cándidas fiustas de dinástico rol,
ni las sciris de Quito consagradas al culto,
ni del Cuzco tampoco las vestales del Sol.

Fué llamado el más viejo sacerdote.

—Adivina

este mal que me aqueja y el remedio del mal. —

Dijo al gran sacerdote, con voz trémula y fina,
aquel joven monarca displicente y sensual.

—“¡Ay! Señor—dijo el viejo sacerdote.—Tus penas
“remediarse no pueden. Tu pasión es mortal.

“La mujer que has ideado tiene afil en las venas,
“un trigal en los bucles y en la boca un coral.

“¡Ay! Señor; cierto día vendrán hombres muy blancos.
“Ha de oírse en los bosques el marcial caracol;
“cataratas de sangre colmarán los barrancos;
“y entrarán otros dioses en el Templo del Sol.

“La mujer que has ideado pertenece á tal raza.
“Vanamente la buscas en tu innúmera grey;
“y servirte no pueden oración ni amenaza,
“porque tiene otra sangre y otro dios y otro rey.” —

Cuando el rito sagrado le mandó optar esposa,
hizo astillas el cetro con vibrante dolor;
y aquel joven monarca se enterró en una fosa,
y pensando en la rubia fué muriendo de amor.

Castellana: tú ignoras todo el mal que me has hecho.
Castellana: recuerda que nací en el Perú.
La tristeza del Inca va llenando mi pecho;
¡y quién sabe..... quién sabe si la rubia eres tú!

LA MAGNOLIA.

En el bosque, de aromas y de músicas lleno,
la magholia florece delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
ó cual copo de espuma sobre lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez á manera
de una dama que luce descotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto.
Hay entre ella y la Luna cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;

porque es pura y es blanca y es graciosa y es leve,
como un rayo de Luna que se cuaja en la nieve
ó como una paloma que se queda dormida.....